

## **Los últimos diez años. La psicología. 1974-1984**

Los últimos diez años han presenciado, entre otros muchos sucesos, el desarrollo vertiginoso de la psicología en nuestro país. Está por ver aún donde irá a parar este proceso; lo que está claro es que hace poco más de diez años no existían entre nosotros los estudios universitarios de psicología, y hoy hay psicólogos por todas partes, que ofrecen sus gabinetes, que buscan trabajo, que investigan, que aconsejan a parejas, a empresas, a asociaciones de barrio, que colaboran con educadores, con médicos, con arquitectos, con publicitarios, y se interesan por problemas de aprendizaje de los niños, por la seguridad en el tráfico, por la acomodación del enfermo crónico a su enfermedad, por tantos y tantos temas que guardan relación con su quehacer profesional de cerca o de lejos. Y es que la psicología se ha convertido en un recurso para la vida personal de muchos de nuestros contemporáneos.

Era cosa prevista. Nuestras sociedades occidentales se han construido sobre una red de interacción social crecientemente tecnificada. A los técnicos especializados en «cosas» han seguido otros especializados en personas y relaciones individuales y grupales; las nuevas humanidades promueven no sólo la comprensión, sino la activa intervención en los asuntos humanos y mundanos. La psicología, tras muchos siglos de existencia en el marco de la filosofía, ha venido a mostrarse como un saber técnico eficaz en la predicción y modificación de los comportamientos personales y colectivos, como una verdadera ciencia con aplicaciones de inmediata utilidad.

Los primeros pasos de la psicología científica en España se dieron con claros fines aplicados. Primero fueron los educadores y pedagogos quienes reclamaron de la psicología recomendaciones e instrumentos que sirvieran de ayuda a la educación. Los hombres de la Institución Libre de Enseñanza, y del Museo Pedagógico, desde fines del siglo pasado, se interesaron por una psicología al servicio de la renovación educativa y cultural que propugnaban; pero acertaron también a despertar la inquietud entre médicos e ingenieros que se preocupa-

ban por los temas de la accidentabilidad y la rehabilitación laborales, estrechamente ligados a los de ajuste del hombre al puesto laboral. Los nombres de Francisco Giner y Luis Simarro van seguidos sin solución de continuidad por los de Gonzalo Rodríguez Lafora, Emilio Mira o José Germain, y los demás nombres de la incipiente psicotecnia española anterior a la guerra civil, que comenzaba a dar frutos interesantes en estrecha relación con centros e instituciones extranjeras.

La guerra civil supuso un tremendo desgarró en esa tradición. Algunos de los hombres más ilustres se hubieron de exilar, como Lafora y Mira. Desde dentro, el tesón del doctor Germain había de reconstruir un núcleo de investigadores, luego profesores, que han constituido el tronco de la realidad actual de la psicología española.

Al principio fueron pasos lentos, entumecidos; más firmes y rápidos después. Pero, sobre todo, han sido los últimos diez años los que han producido el gran cambio de horizonte ante el cual nos movemos hoy. Un cambio no ya de cantidad sino de calidad, estrictamente hablando.

## **El salto adelante**

Pocas veces es dado contemplar una mutación como la que ha experimentado la psicología en la última década. En todas sus dimensiones, los indicadores cuantitativos parecen haber sufrido una explosión.

Para empezar, ha habido un enorme incremento en el número de psicólogos. Hace tan sólo diez años, en nuestro país no había licenciados universitarios en psicología, y los pocos psicólogos que trabajaban y actuaban como tales procedían de dos escuelas para postgraduados establecidas en las Universidades centrales de Madrid y Barcelona. Aunque es difícil estimar su número, es posible suponerlo entre dos y tres millares. Ahora, en cambio, debe rebasar con creces los 20.000 que ya se estimaban en 1980, y nuestro índice de psicólogos por millón de habitantes coloca a España a la cabeza de todos los demás países, con 528; mientras tanto, los Estados Unidos tendrían, según esos mismos cálculos, 446; Gran Bretaña, 179; y Rusia, 7; por mencionar algunos posibles términos de comparación.<sup>1</sup>

Ese salto numérico, en buena medida, sintetiza todos los demás. Porque no es posible concebirlo sin su referencia al establecimiento de una licenciatura específica para psicología en nuestras universidades.

En efecto, en 1968 se produjo aquella transformación: aparecieron, dentro de las facultades de Filosofía y Letras, secciones de psicología con su correspondiente titulación. Los estudiantes se concentraron en ellas a millares. Unas tras

<sup>1</sup>Estos y otros datos comparativos de interés pueden verse en el trabajo de A. Hernández Gordi-llo: «La situación laboral de los psicólogos», *Papeles del Colegio*, 6, (1982): 43-49; también, del mismo autor: «La psicología como profesión», *Papeles del Colegio de Psicólogos*, 16-17(1984): 61-63, que completa y actualiza algunos puntos del trabajo anterior.

otras, las universidades del país fueron incorporando esos estudios, a veces en sus facultades, otras veces en colegios universitarios, para dar satisfacción a una demanda súbita e imprevista de psicología que se desencadenó en millares y millares de estudiantes. Eran años de profunda inquietud entre nuestra juventud, años de agitación social y política que sacudieron con fuerza a la Universidad, y que hacían de las ciencias sociales, y en particular de la psicología, una supuesta clave para comprender mejor el mundo y para comprenderse también a sí mismos con mayor profundidad. Estos dos motivos -el autoesclarecimiento y un reformismo social no exento de filantropía y utopismo- pienso que jugaron un papel considerable en aquella súbita explosión. También contó el hecho de que los nuevos estudiantes aparecieron dentro de las carreras de letras, abriendo una posible nueva vía profesional. Pero, sean estas o sean otras las razones que expliquen el cambio, el hecho es que éste se había producido, y además, de modo súbito, de la noche a la mañana, en el marco de unas instituciones carentes de toda previsión para abordarlo. Basta decir que en todo el país, en 1968, sólo había tres catedráticos de psicología impartiendo enseñanza, dos en Madrid -Mariano Yela y José Luis Pinillos- y uno en Barcelona -Miguel Si-guán-; ni uno más.

Cuando se vuelve la vista atrás, y se piensa en lo que se ha logrado, hay un primer movimiento de sorpresa e incredulidad. Parecería lógico suponer una situación de caos, una vida intelectual carente de calidades en razón de la masificación sufrida, una autodestrucción de la propia profesión... Y lo cierto es que, en medio de dificultades de todo orden, los profesionales surgidos en los últimos años han afrontado con dignidad y con esfuerzo un sinnúmero de tareas sociales, han asistido a reuniones científicas con aportaciones estimables, al tiempo que han logrado establecer para su representación y defensa un colegio profesional, el Colegio Oficial de Psicólogos, que ha representado otro cambio cualitativo fundamental.

En efecto, la lucha por organizarse profesionalmente de modo corporativo había resultado estéril largo tiempo. Una y otra vez se había intentado constituir una asociación que reuniese a los psicólogos y les diera apoyo en su actividad social. La rápida aparición de un gran número de licenciados a comienzos de los años setenta hizo más agitada, más conflictiva la búsqueda de su identidad profesional. Se buscaron apoyos que al cabo no resultaron sólidos; se hicieron gestiones en sucesivos gobiernos; al fin, en 1980, una ley creaba ese Colegio, con el sustancial apoyo de los grupos parlamentarios de izquierda -socialistas y comunistas-.

El paso estaba dado. La existencia del Colegio de Psicólogos puede verse a un tiempo como causa y efecto de las transformaciones vividas por este sector. Una buena porción de profesionales se han agrupado en él, precisamente porque han comprendido que era necesaria la cooperación para defender sus intereses en una sociedad inicialmente poco abierta a los nuevos profesionales. A la defensa de la profesión se ha unido, también, la búsqueda de nuevas líneas de intervención. Al tiempo se han creado estructuras e instrumentos de cohesión

social, -guías, revistas, directorios de recursos, documentación especializada, cursillos, seminarios-, hasta llegar a reunir el I Congreso del Colegio, en 1984, con cerca de dos mil participantes y con sorprendente calidad y vivacidad en sus distintas secciones. Hoy por hoy, el Colegio Oficial de Psicólogos cumple insustituibles funciones en el diálogo con los demás grupos sociales, tanto a nivel nacional como internacional, y representa una gran fuerza consolidadora y estabilizadora de la profesión.

## La realidad académica

Ya va dicho que la formación de los psicólogos, tras estar durante años limitada a dos centros para postgraduados que ofrecían un diploma tras dos años de estudio a licenciados en otras carreras, pasó a tener estructura universitaria independiente con la creación de unas secciones en las Facultades de Filosofía y Letras (en 1968), y luego incluso en Facultades de Psicología (en 1980), de las que hay cinco en la actualidad.

Hubo, desde el primer momento, una enorme afluencia de alumnado a las secciones y facultades de psicología. Ello determinó un rápido crecimiento del profesorado, departamentos universitarios, planes de estudio crecientemente especializados, y con esto, hubo también un incremento de la infraestructura de comunicación y de investigación en temas psicológicos.

Un signo inequívoco lo constituye la multiplicación de revistas especializadas. Basta con decir que hasta 1968 la historia de la psicología española podría sin gran deformación construirse simplemente al compás de las pequeñas peripecias sobrevenidas a la *Revista de Psicología General y Aplicada*, que fundara don José Germain en 1946, y que aún existe, llena de renovada vitalidad, en nuestros días. Luego, en la década de los 70, aparecieron cuatro nuevas publicaciones; pero sobre todo, es a partir de 1980 cuando una decena de nuevas revistas, según mis cálculos, han transformado el horizonte intelectual del campo. En su inmensa mayoría se trata de revistas nacidas a la sombra de las instituciones universitarias, si bien algunas responden a la existencia de una sociedad o entidad que las sostiene. En todo caso, la información científica y profesional sobre psicología se ha multiplicado con la constitución de esta red. En sus páginas ha ido creciendo sin parar el volumen ocupado por los trabajos de autores españoles, y al ir creciendo éstos, también ha aumentado el número de piezas de calidad que se publican. Órgano y función están aquí inextricablemente ligados, y la calidad aumenta a medida que los recursos para la investigación, la información y la posibilidad de publicación y crítica crecen y se regularizan.

Las grandes masas de estudiantes han traído consigo la constitución de un público consumidor de manuales, diccionarios, monografías, enciclopedias. Si hubiera que señalar un *best-seller* de la nueva psicología, no dudaría en señalar los *Principios de psicología* de José Luís Pinillos, el libro en que han venido

aprendiendo expuesta con rigor, claridad y calidad literaria, millares y millares de nuestros jóvenes psicólogos. La redacción de manuales para la enseñanza universitaria ha cundido por el país; su aparición significaba un primer paso para la superación de la etapa receptiva y traductora por que forzosamente se hubo de pasar. Pienso que la colección de manuales que ha editado la Universidad a distancia (U.N.E.D.) es, con mucho, lo más interesante que cabe encontrar en castellano hoy, y comparable con las mejores realizaciones editoriales en cualquier país europeo. Al lado de las obras pedagógicas, las monografías de aplicaciones concretas a los problemas escolares, a las dificultades sexuales, a las relaciones interpersonales, al sinnúmero de temas acerca de los cuales la psicología de hoy tiene algo que ofrecer, han multiplicado su presencia, y mientras años atrás el mercado estaba dominado por editoriales hispanoamericanas, hoy son casas españolas las que ofrecen la parte principal de esa producción. Gracias a su esfuerzo, es hoy posible leer en castellano gran número de obras fundamentales, si bien es común el retraso de varios años en la aparición de la traducción entre nosotros; y autores hay, como Freud, Skinner o Piaget, cuya obra casi íntegra está ya en castellano a disposición de nuestros estudiantes (Freud o Piaget, traducidos ya en los años 30, han conocido nueva atención y difusión en los últimos años).

Como es fácil suponer, una expansión editorial de esta naturaleza hace que se prendan en las mallas de la red piezas de mayor y de menor calidad, libros indispensables y otros perfectamente supérfluos; con todo, la falta a veces de adecuada difusión y publicidad resta posibilidades al esfuerzo realmente importante que vienen haciendo editoriales especializadas y otras de más amplio espectro de intereses.

Aquí, como en otros puntos, se echa de menos una infraestructura organizada y fuerte. Pero, por debajo de todo esto, ¿qué hay de psicología española? Pues una cosa será, desde luego, la psicología en España, y otra la de la psicología española.

## **La psicología española**

Aunque sea posible buscar, para la genealogía de la psicología española, antecedentes tan lejanos como se desee -Séneca, Pedro Hispano, Juan Luis Vives, el Padre Suárez o Juan Ruarte de San Juan-, ya hemos dicho antes que la psicología científica en España comenzó a cobrar arraigo a partir de los esfuerzos de los hombres de la Institución Libre de Enseñanza, como el doctor Simarro, y su discípulo el doctor Lafora, y un grupo de fisiólogos catalanes como el doctor Turró y el doctor Pí y Suñer. Al cabo, el sutil entramado de hilos de influencias vino a resumirse en dos nombres, uno en Barcelona y el otro en Madrid, que comenzaron a hacer, en mayor o menor medida, de cabezas de un grupo de jóvenes interesados en la psicología: Emilio Mira y José Germain. Coetáneos los dos, médicos ambos, interesados en la psicología aplicada, conectados a grupos

investigadores en el extranjero, ambos nombres simbolizan esa tradición científica española que hubo de escindirse en dos por obra de la guerra y del exilio.

Mientras Mira llevaba a cabo una espléndida labor como investigador y psi-cotécnico en varios países y al fin en Brasil, Germain se ocupó en España, lentamente, casi desde las catacumbas, de reconstruir las posibilidades para una psicología científica entre nosotros. A su esfuerzo se debe la fundación en 1946 de una revista a la altura de las de otros países (la *Revista de Psicología General y Aplicada*), la de la Sociedad Española de Psicología en 1952 y, sobre todo, la organización en 1948 de un pequeño Departamento de psicología experimental en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, auténtico núcleo germinal de renovación de la psicología en España. Pues en aquel pequeño Departamento fue donde comenzaron a trabajar un puñado de jóvenes entusiastas en problemas concretos con métodos empíricos, lo que les colocaba a cien leguas de la pura reflexión filosófica en que se había hecho recaer la psicología tras la guerra civil. Y fueron ellos -Mariano Yela, José Luís Pinillos, Miguel Siguen, Francisco Secadas, y algunos pocos más- los que se reunirían también con Germain para poner en marcha la primera Escuela de Psicología, en Madrid, y los que, con los años, habrían de dirigir los primeros departamentos universitarios de psicología. Se ha dicho, con razón, que en casi todas las tradiciones nacionales de psicología es posible hallar un eslabón que las engarce con Wundt; con mayor razón es posible reconducir todos los grupos universitarios, e incluso muchos no universitarios, que hoy trabajan en psicología, hasta enlazarlos con aquella primera célula establecida por Germain, y de la que ha surgido la casi totalidad de la realidad actual de la psicología española.

Ha escrito alguna vez Julián Marías que los hijos, que proceden de los padres, no pueden ser reducidos a éstos, contienen una originalidad radical que los lleva a ser otros. Análogamente, lo que ha venido a ser la psicología española en su desarrollo no se reduce ni se limita a las inspiraciones del núcleo original; toda una serie de influencias externas e internas han venido a confluír en su constitución.

No es este el lugar ni el momento para llevar a cabo el estudio en detalle de la psicología española. Desearía tan sólo apuntar algunos de los rasgos que ésta presenta en su situación actual.

Ante todo, creo que se evidencia un nivel de crecimiento de su institucionalización. La constitución de facultades independientes, en la Universidad; la del Colegio de psicólogos -con divisiones ajustadas al nuevo mapa autonómico del país-; la incorporación de psicólogos a los grupos de trabajo de los servicios sociales; la creación de revistas, la realización de congresos, simposios y reuniones del más variado alcance; todo ello, sin duda, apunta en aquella dirección. Sin embargo, en un país que reverencia tanto el puesto y destino de la administración, los psicólogos solo mínimamente han puesto el pie en ella, pero es de suponer que el proceso irá adelante en el inmediato porvenir. Y con ello los psicólogos irán adquiriendo mayor protagonismo social.

Una segunda nota, a mi juicio, es la también creciente especialización que se va imponiendo tanto entre los profesionales como entre los grupos académicos. Paulatinamente van imponiéndose las reuniones monográficas; las revistas restringen su área de cobertura a un campo determinado, se establecen dominios académicos -las tan traídas y llevadas «áreas de conocimiento» universitario-relativamente segregados unos de otros, mientras que por otro lado, en el mundo profesional, van apareciendo grupos, gabinetes y centros que ofrecen una actividad concentrada en el estudio y tratamiento de un tipo o núcleo de problemas relativamente definidos. Del psicólogo con una preparación general «para todo», y del profesor con formación enciclopédica, indispensables a la hora de la incorporación de la disciplina a nuestra sociedad hace tan sólo unos años, vamos yendo a una división del trabajo y la responsabilidad que es reflejo de la complejidad y riqueza de matices que se ha ido produciendo en este campo.

En el mundo académico, la especialización está predominantemente referida al área de trabajo, al terreno en que se mueven los intereses e investigaciones, más que al modelo o escuela teórica desde el que se trabaja. En general, y con las excepciones y reservas que se pudieran hacer a una afirmación tan poco matizada, pienso que no hay en nuestro país grupos con rigurosa observancia de paradigmas o modelos teóricos adoptados con exclusividad, sino más bien una actitud amplia que da cabida a diversos enfoques de índole empírica, dentro de los cuales sea posible la replicación y comprobación propias de todo conocimiento científico. Dicho con otras palabras, no se ha producido la tensión entre escuelas y movimientos que se ha dado en otras partes. De todos modos, sí creo que puede hablarse de la existencia en el mundo académico de un amplio movimiento de alejamiento respecto a las posiciones psicoanalíticas, y más en general hacia las de las psicologías «dinámicas», mientras que éstas han conseguido apoyo entre ciertos sectores de profesionales, posiblemente como consecuencia de la llegada a España de numerosos psicólogos y psicoanalistas procedentes de países iberoamericanos en busca de una segunda patria.

De todas las influencias externas recibidas por la psicología española en estos años cabría señalar algunas significativas: entre ellas habría que incluir, sin duda, las de Piaget entre los especialistas en problemas evolutivos -después interesados en enfoques más recientes, como el del curso evolutivo (o «life span»)-; la de Eysenck, en áreas de personalidad y psicología clínica; el movimiento de la modificación y terapia de conducta, en el campo de las psicoterapias; y, desde hace unos pocos años, los modelos de procesamiento de información, de inteligencia artificial y la llamada psicología cognitiva han interesado a una buena parte de los investigadores (un recentísimo simposio sobre esta temática, a un tiempo homenaje a José Luis Pinillos<sup>2</sup>, basta para evidenciar la amplitud del movimiento). Algún día habrá que preguntarse en serio por la repercusión que las distintas escuelas psicológicas, dominantes hace años, han teni-

<sup>2</sup>Pueden verse las ponencias presentadas a la reunión en J. Mayor (ed.), *Actividad humana y procesos cognitivos (Homenaje a J. L. Pinillos)*, Madrid, Alhambra, 1984, 470 págs.

do aquí; aunque tal vez haya que preguntar, más correctamente, por qué no la han tenido. ¿Por qué no ha habido -o apenas- psicoanálisis español? ¿Por qué no hubo gestaltistas? ¿Qué fue de los posibles conductistas que no llegamos a tener? Los movimientos, las ortodoxias, diríase que pasan de largo en nuestra sociedad, que parece preferir, a las tesis, sus superaciones y refutaciones. Está por ver lo que pasará en los próximos años; de todos modos, pienso que la creciente existencia de grupos de investigadores es, por lo menos, una condición necesaria para que la colaboración, la discrepancia y la discusión científicas puedan cobrar plena carta de ciudadanía, con normalidad, entre nosotros, y con ello, escuelas y tendencias puedan cristalizar también.

Hay también en nuestro presente, un considerable distanciamiento entre el ámbito académico y el profesional. La falta de cátedras relacionadas con temas de psicología aplicada, la carencia de fórmulas de enseñanza monográfica y profesional como los cursos «master» -ahora por primera vez contemplados en la última reforma universitaria-, la falta de oportunidades en la mayoría de los casos para proporcionar una adecuada formación práctica, son sólo algunos de los rasgos que presenta nuestra situación; todos, por lo demás, remediabiles en principio. Es difícil la hora que les toca vivir a nuestros profesionales, forzados a construir una imagen y a definir con mayor o menor claridad su rol en una sociedad gravemente afectada por una crisis económica y laboral de insospechadas dimensiones. Es este un momento delicado, en que están aún por lograr unas claras líneas normativas de actuación profesional, mientras la colegiación de los especialistas está lejos de ser completa, como también es sólo parcial la dedicación a la práctica profesional por parte de un alto número de psicólogos y el paro les afecta de modo muy serio (se estimaba hace un par de años que un 16% para estos licenciados). No nos engañemos: lo que ocurre es que está naciendo la profesión, y no sólo sus instituciones profesionales o académicas; eso es lo que está sucediendo en esta década última, y lo que aún sigue aconteciendo ante nuestros propios ojos.<sup>3</sup>

Asistimos a una metamorfosis: va quedando atrás un modelo de psicólogo dedicado, en buena medida, a pasar tests, centrado sobre el diagnóstico de habilidades, defectos o problemas, para ir a uno nuevo, orientado sobre todo en la intervención y el cambio de comportamientos, inserto en un equipo multidisciplinar en plano de igualdad con los otros especialistas, y volcado a su quehacer, para quien la psicología es su primera, tal vez única profesión.

En tiempos como los que describo, tiempos de constitución de un rol profesional en el seno de una sociedad, las posibilidades y los riesgos son muy grandes. Todo puede conseguirse si se logran algunas realizaciones sociales que

<sup>3</sup>Un dato que muestra el carácter fluido de la situación profesional del psicólogo es, a mi juicio, la desaparición del Instituto Nacional de Psicología Aplicada por el que luchara tantos años el Doctor Germain y sus colaboradores, y su reorganización como Instituto de Orientación Educativa y Profesional, a finales de 1980. Por debajo de la cuestión de nombres hay implicada toda una actitud bastante generalizada de recelo ante la psicología, que encontró en el partido gobernante en aquella fecha apoyos que condujeron a semejante decisión, a mi juicio poco afortunada, y en línea bien opuesta a otros pasos que se iban dando en pro de la profesión de los psicólogos.



muestren, paradigmáticamente, lo que el psicólogo en nuestro tiempo puede llegar a hacer; esto conlleva un serio riesgo -el de su posible fracaso-, un fracaso que se volvería contra su condición y esencia misma. De todos modos, no creo que haya forma de evitar, antes o después, el reto que la sociedad ha de plantear sin ambages, acerca del valor y utilidad del psicólogo para resolver algunos problemas de nuestro tiempo.

Podemos aceptar el reto de mala gana y a regañadientes, contra nuestra voluntad; podemos, por el contrario, buscarlo y aceptarlo ilusionados. No hay que ponderar las consecuencias de esas dos actitudes, que se explican por sí mismas. Lo grave sería que no advirtiéramos la importancia del momento. Si los cambios producidos estos últimos años representan lo que aquí se ha esbozado, resultarán tal vez ser el prólogo de las horas decisivas para la psicología en nuestro país, horas que parecen acercarse a buen paso desde el futuro. Llegado el momento, pienso que la psicología sabrá estar a la altura de las circunstancias.

H.C.\*

\* Catedrático de Universidad.